

Lección No. 42.- LA IGLESIA ANTE LAS REALIDADES

La atención a las necesidades espirituales y materiales

Una de las diferencias esenciales entre "ideología" y "religión" es que la primera no pasa del terreno de las ideas, en el que pretende establecer normas y principios. En tanto que la segunda va al terreno de las realidades: "Dichosos más bien los que oyen la Palabra de Dios y la guardan"; "Mi madre y mis hermanos son aquéllos que oyen la Palabra de Dios y la cumplen"(Luc. 11,28; 8,21). Aquí por "guardar" hemos de entender la actitud de quien, después de escuchar la Palabra, la recoge, la conserva y la aplica a la vida práctica, donde Ella encuentra terreno para dar fruto.

De aquí que las ideologías sean buenas mientras no lleguen a las realidades de la vida, donde encuentran sinnúmero de escollos en su aplicación: ahí se prueban y conocen efectivamente, y ahí es donde muchos de ellas han fracasado al demostrar que no eran más que bellas ilusiones.

Y es que el corazón humano no es una máquina que fría y mecánicamente responda a principios rígidos. Precisamente entonces aquellos detentadores de la autoridad por la fuerza, que pretenden hacer efectiva la ideología, tienen que valerse de la imposición para que, convirtiendo al hombre en máquina, mecánicamente, la ideología funcione. Pero entonces el hombre se ha deshumanizado, se ha desnaturalizado, destruyéndose su vida interior, la del espíritu.

La religión va siempre a las realidades humanas; particularmente la Religión Cristiana vive la realidad de la vida y esencia del hombre, ya que toma al hombre, tal cual es, y al relacionarlo con la Divinidad, lo coloca en posición de poder conseguir su plena realización, aquélla para la que fue creado, según dice San Agustín: "Señor, nos creaste para tí, e inquieto estará nuestro corazón hasta que descanse en tí."

LA IGLESIA ANTE LAS REALIDADES DEL MUNDO.

Una sola es la misión de la Iglesia en el mundo: la salvación de los hombres, su santificación. Para ello debe transformarlos en "hijos de Dios".

Sin embargo, no siendo el hombre un ser "simple", sino complejo, la labor que la Iglesia ha de desempeñar también se convierte en compleja al tener que tomar al hombre todo, alma y cuerpo, para atenderlo en todas sus necesidades, sí, pero sin perder de vista que la misión de ella trasciende la vida terrena para adentrarse en la eternidad, para cuya felicidad el hombre fue creado.

Por esto los cristianos, que son la Iglesia misma ante el mundo, han de predicar antes con el ejemplo que con la palabra se-

gún lo que enseña el Divino Maestro: "Brille así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos" (Mt.5,16).

Este testimonio debe tener una aplicación concreta en la caridad al prójimo, a fin de que, queriendo agradar a Dios, no corramos el riesgo de perdernos en la búsqueda de un Dios invisible a nuestros ojos: "Si alguno dice: 'Amo a Dios', y aborrece a su hermano, es un mentiroso; pues quien no ama a su hermano a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve" (1 Jn.4,20).

Y la caridad, el amor al prójimo, a su vez tiene su expresión más concreta en la atención a sus necesidades: "Si alguno posee bienes de la tierra, ve a su hermano padecer necesidad y le cierra su corazón, ¿cómo puede permanecer en él el amor de Dios?" (1 Jn. 3,17).

He aquí por qué desde los apóstoles la Iglesia siempre se ocupó de las necesidades materiales del hombre.

El hambre constituye un problema que ha existido siempre, pero que, sea por el aumento rápido de la población en el mundo, sea porque los hombres se ocupan más de otras producciones que de la elemental de producir alimentos, sea por que los bienes se encuentran mal distribuidos, este problema del hambre hoy es mucho más agudo que en ninguna otra época, lo que constituye una ironía para esta humanidad ensoberbecida por la ciencia y la técnica por cuyos avances parece que el hombre lo ha dominado todo.

Y del vestido ¿qué diremos? Mientras unos lo tienen de sobra, y despilfarran en excesos suntuarios, otros se visten con lo indispensable, y muchos carecen aún de eso.

Es fácil comprobar los extremos que existen, sobre todo cuando se trata de las grandes ciudades, que en materia de habitación se dan extremos inconcebibles a cortísimas distancias, pues casi se rozan los grandes palacetes con ínfimas viviendas.

Es verdad que en materia de salud la seguridad social ha avanzado mucho, pero no todos están asegurados; y aún los asegurados muchas veces son insatisfechos en el ramo hospitalario. Muchísimos son los que padecen enfermedades incurables, los desahuciados a quienes parece que la sociedad se ha cansado de atender, que se debaten en vida olvidados como si ya estuvieran muertos.

Los que no tienen trabajo, los desempleados o sub-empleados a quienes la sociedad les niega el derecho a producir para poder satisfacer las propias necesidades y las de su familia, son cada día más.

Frente a tanta indigencia muchas veces los cristianos nos cruzamos de manos pensando que al Estado le toca atender tanta necesidad, sin querer fijarnos que el "Estado" es nadie y somos todos: todos para merecer atención, nadie para afrontar la responsabilidad que es común a esos "todos" entre los que me cuento YO.

Yo como ciudadano, pero más aún como cristiano, como miembro del Cuerpo Místico de un Cristo que dice: "En verdad os digo que cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a Mí me lo hicisteis"... "Apartaos de Mí, malditos, al fuego eterno, preparado para el Diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; era forastero, y no me acogisteis; estaba desnudo, y no me vestisteis; enfermo y en la cárcel, y no me visitasteis..." (Mt.25,39-43).

LA DOCTRINA SOCIAL DE LOS APOSTOLES.

Los enemigos de la Iglesia con frecuencia la atacan como inútil en el campo de la cooperación social; los ricos de este mundo se conforman acaso con la cooperación material de un poco de sus sobrantes, y por ello se sienten católicos cumplidos. Veamos cuál es la doctrina de los Apóstoles, para que entendamos de una vez que quienes no obran según ellos de ninguna manera son presencia de la Iglesia, sean de la Jerarquía o del Laicado: "¿De qué sirve, hermanos míos, que alguien diga: 'Tengo fe', si no tiene obras? ¿Acaso podrá salvarle la fe? si un hermano o una hermana están desnudos y carecen del sustento diario, y alguno de vosotros les dice: 'Idos en paz, calentaos y hartaos', pero no les dáis lo necesario para el cuerpo, ¿de qué sirve? Así también la fe, si no tiene obras, está realmente muerta. (St.2,14-17).

Toda la carta del Apóstol Santiago es un tratado de lo que se denomina hoy "justicia social", desarrollo de las ideas que Cristo ya había enunciado en las parábolas del Buen Samaritano y del Rico Epulón y el Pobre Lázaro (Lc., 10,30-35; 16,19-31).

Si observamos los Evangelios, fácilmente encontraremos que ya desde el principio de su predicación Cristo se ocupó de la miseria humana: "Me da lástima esta gente, porque hace ya tres días que permanecen conmigo y no tienen qué comer. Y no quiero despedirlos en ayunas, no sea que desfallezcan en el camino" (Mt. 15, 32). Es la actitud de interés del Creador por el bienestar de la criatura, del Padre por el hijo, del Redentor por el redimido.

LO QUE NOS DETIENE: EL EGOISMO FRENTE A LA RIQUEZA.

Muchos hombres han cambiado por el hecho de haber adquirido a veces fortuna después de un tiempo de su vida en la pobreza. Pareciera que estas circunstancias debieran influir para hacer que tuvieran piedad para sus hermanos desvalidos; pero todo lo contrario, llevados del egoísmo pronto se olvidan de su pasado y se pultan en la conveniencia toda la generosidad que tuvieron.

Para estos es la advertencia de Jesús: "¡Ay de vosotros, los ricos! porque habéis recibido vuestro consuelo", "¡Ay de vosotros, los que ahora estáis hartos!, porque tendréis hambre" "¡Ay de los que reís ahora!, porque tendréis aflicción y llanto." (Lc.

6, 24-25).

Y no es que Cristo la traiga con los ricos, no: es que el corazón humano es de índole tal que, en dejando de sentir la dependencia que tiene de la Divina Providencia, en cuanto se tiene ya por autosuficiente, cierra su corazón a los buenos sentimientos, a la generosidad y condolencia. Por ello la advertencia que nos hace: "Yo os aseguro que un rico difícilmente entrará en el Reino de los Cielos. Os lo repito, es más fácil que un camello entre por el ojo de una aguja, que el que un rico entre en el Reino de los Cielos" (Mt.19,23-24).

La posesión de riquezas es absorbente: lo que primero parecía que fácilmente iba a quedar el rico satisfecho con una cantidad de bienes, resulta falso, porque como el hidrópico quiere más agua siempre, aquél querrá más y más bienes: "Y dijo: 'Voy a hacer esto: voy a demoler mis graneros, y edificaré otros más grandes y juntaré allí todo mi trigo y mis bienes, y diré a mi alma: Alma, tienes muchos bienes en reserva para muchos años. Descansa, come, bebe, banquetea...'"

El resultado de tanto "éxito" nos lo pinta el Señor adelante, en el mismo pasaje: "...Pero Dios le dijo: '¡Necio! Esta misma noche te reclararán el alma; las cosas que preparete, ¿para quién serán?' Así es el que atesora riquezas para sí, y no se enriquece en orden a Dios" (Lc.12,18-21).

LA INTENCION DE CRISTO AL FUNDAR LA IGLESIA.

De ninguna manera Cristo quiso excluir a los ricos de su Iglesia, tan sólo quiso advertir de los peligros de la riqueza. Pero sí contiene su doctrina una preferencia hacia los necesitados, y esto, ya dijimos, en orden a evangelizar primero a los que se encuentran en actitud, por necesidad, de dependencia de Dios, porque son los que escuchan, porque son los que esperan, porque son los que dicen con el Salmista: "Como los ojos de una sierva en la mano de su señora, así nuestros ojos en Yahveh nuestro Dios, hasta que se apiade de nosotros." (Sal.123,2). "Alzo mis ojos a los montes: ¿de dónde vendrá mi auxilio? Mi auxilio de Yahveh, que hizo cielos y tierra." (Sal.121,1)

Por eso, para comenzar su Sermón de las Bienaventuranzas, ante todo el Señor se ocupó de los pobres: "Bienaventurados los pobres, porque vuestro es el Reino de Dios. Bienaventurados los que tenéis hambre ahora, porque seréis saciados. Bienaventurados los que lloráis ahora, porque reiréis." (Lc.6,20-21).

Los Apóstoles bien que entendieron todo esto, y así supieron encauzar a los primeros cristianos hacia una mutua piedad: "todos los creyentes vivían unidos y tenían todo en común; vendían sus posesiones y sus bienes y repartían el precio entre todos, según la necesidad de cada uno." (Hech.2,44-45)

Bien pareciera esto para santificar a la comunidad cristiana, y hasta explícito es para ello San Pablo: se refería a la colecta propuesta por él precisamente para ayudar a los mismos primeros cristianos que así habían obrado, como lo vimos en el párrafo anterior, en Jerusalén; ante tal colecta decía: "Al presente vuestra abundancia remedia su necesidad, para que la abundancia de ellos pueda remediar vuestra necesidad y reine la igualdad, como dice la Escritura: El que mucho recogió, no tuvo de más; y el que poco, no tuvo de menos."

¿Qué había pasado entonces a los primeros cristianos de Jerusalén? Que, creyendo inminente la segunda venida de Cristo, descuidaron la producción; se contentaron con vender y repartir, y de este modo los bienes de todos se agotaron por dedicarse exclusivamente a las obras y oraciones de piedad.

Es pues necesario que, inteligentemente, al mismo tiempo oremos y actuemos; al mismo tiempo ayudemos y produzcamos; y en esa actitud de pobres de espíritu esperemos la venida del Señor.

Es la malicia humana la que desvirtúa las cosas buenas; otros caen en el vicio de pedir cuando no necesitan; otros de no trabajar en espera de la "caridad" de los demás; otros, en fin, viven ya del esfuerzo ajeno. Contra todos ellos el Apóstol, con la energía que le es característica, truena: "Además, cuando estábamos entre vosotros os mandábamos esto: Si alguno no quiere trabajar, que tampoco coma." (2 Tes.3,10).

LA IGLESIA, IMITADORA DE CRISTO.

El Concilio Vaticano II en la Constitución "Lumen Gentium" hace alusión a este deber de la Iglesia, y por Iglesia debemos entendernos todos, hacia los pobres: "Cristo fue enviado por el Padre a evangelizar a los pobres y levantar a los oprimidos (Lc.4, 18), para buscar y salvar lo que estaba perdido (Lc.9,10); así también la Iglesia abraza con su amor a todos los afligidos por la debilidad humana; más aún, reconoce en los pobres y en los que sufren la imagen de su Fundador pobre y paciente, se esfuerza en remediar sus necesidades y procura servir en ellos a Cristo..." (L.G.8).

OTRAS NECESIDADES HUMANAS DE INDOLE ESPIRITUAL.

Ya hemos dicho que la función esencial de la Iglesia es hacer que se produzca la salvación de los hombres, y todo lo demás ha de ser en ella en orden a esto. Incluso esa atención al pobre. De este modo no hemos de parar en remediar sus males temporales, sino que al tiempo de satisfacer su miseria, no perder de vista acercarlo a Dios por medio de la oración y los Sacramentos. De este modo, llevándole con dulzura y suavidad, completaremos nuestra misión salvífica en ellos, como en todos los católicos.

Pero si la Iglesia tiene la misión de salvar a todos sus miembros, esta obligación salvífica no se limita a eso: existen también otros hombres que, sin ser católicos, creen en Cristo y tratan de imitarle, si bien es verdad que este conocimiento y esta imitación no son del todo los queridos por el Señor. También estos son cristianos y también han de ser objeto de preocupación de salvación de la Iglesia, conforme al deseo de Jesús: "También tengo otras ovejas, que no son de este redil; también a éstas tengo que llevarlas y escucharán mi voz; habrá un sólo rebaño, y un sólo Pastor" (Jn.10,16).

Los cristianos no católicos son:

* Los herejes ("herejía" del griego "hairesis" = "elección", el acto por el cual uno se decide por algo, decisión) son los que aceptan la doctrina errónea de un autor, a quien se denomina "heresiarca". Los herejes pueden sostener en sus creencias un error o varios errores, o derivar falsas conclusiones de ellos, más y más alejados de la doctrina y del Magisterio de la Iglesia. Desde luego, la inmensa mayoría de los herejes se encuentran en situación de buena fe en el error, y como nosotros, aman y creen en Cristo, de quien esperan su salvación. Nuestra obligación consiste en este caso en ayudarles a encontrar la verdadera fe, sea dialogando con ellos si somos capaces por nuestros conocimientos y la firmeza de nuestra convicción; pero mucho mejor y sin peligro de ser por ellos confundidos y arrastrados al error, si los ponemos en contacto con quien más sabe y puede servirles.

* Los "cismáticos" ("cisma" del griego "skhisma" = "división") son los que voluntariamente se han separado de la Iglesia Católica principalmente negando obediencia a la autoridad del Papa, sometiéndose a otra autoridad, la de un Patriarca u Obispo. Originalmente no son herejes, pero fácilmente caen en herejía por negarse a reconocer alguna verdad de fe, por ejemplo la infalibilidad pontificia. También ellos son preocupación de la Iglesia, cristianos que deben encontrar la vuelta al único redil bajo la verdadera y única autoridad constituida por Cristo.

* Los "apostatas" (del griego "apostasia" = "abandono") no los cristianos que abandonan el cristianismo para abrazar otra religión no cristiana. Estos se encuentran ya más lejos de la fe y su vuelta al redil es más difícil, puesto que aún niegan a Cristo. Por su mayor alejamiento constituyen mayor preocupación para

Todos ellos hoy son conocidos con el nombre de "hermanos separados", en virtud de que por el Bautismo no pueden dejar de ser cristianos, aún los apóstatas, y así nos habla "Lumen Gentium": "La Iglesia se reconoce unida por muchas razones con quienes, estando bautizados, se honran con el nombre de cristianos, pero no profesan la fe en su totalidad o no guardan la unidad de comunión bajo el sucesor de Pedro." (L. G., 15).

No para aquí la responsabilidad de la Iglesia, la que llega a todos los hombres, conforme al mandato de su Fundador: "Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes..." De este modo la preocupación salvífica de la Iglesia debe atender a todos, sí, pero de manera conveniente habrá que fijarse en la disponibilidad de cada uno para aceptar la Palabra, como sigue:

* En primer lugar tenemos a aquéllos que, sin creer en Jesucristo y sin aceptar su doctrina, creen en el único Dios, Creador del cielo y de la tierra, igual que nosotros, desconociendo los Misterios de su Trinidad y su Unidad, y aceptan la observancia a los diez mandamientos del Decálogo. Estos son los que profesan a semejanza de la nuestra, las "religiones monoteístas" (del griego "monos" y "theos" = "uno" y "Dios"), el Judaísmo o Religión de Moisés o Mosaica, y el Islam (del arabe "muslim" = "sumisión") llamado también Mahometismo (nombre derivado de su fundador-profeta Mahomed ibn Abdallah conocido comunmente como Mahoma).

La primera de estas religiones, ya lo sabemos, es la del Antiguo Testamento y sus seguidores los judíos que no aceptaron a Jesús de Nazaret como Mesías, permaneciendo fieles a la antigua religión de Moisés. La segunda es un raro compuesto que sincretizó Mahoma de las religiones arábigas antiguas, la sabea, secta judeocristiana del antiguo reino de Sabá, judaísmo y cristianismo.

Desde luego, la Iglesia ve en el Judaísmo una relación estrecha y partícipe de la fuente común del Antiguo Testamento. La liga con el Islam la tradición de una misma fe en Abraham. Los creyentes del Judaísmo se tienen por descendientes de Abraham como descendencia de Isaac, el "hijo de la promesa"; Los creyentes del Islam se tienen por descendientes de Abraham como descendencia de Ismael, "el hijo de la esclava Agar".

* Más alejados se encuentran, dice el Vaticano II, los que en imágenes y sombras buscan al Dios desconocido. Se refiere a todos aquéllos que en alguna forma creen en una o más divinidades, a veces de maneras monstruosas y fabricaciones imaginarias, animales y plantas. De todos modos son hombres deseosos de relacionarse a su modo con la Divinidad, "puesto que todos reciben de Dios la vida, la inspiración y todas las cosas" (L.G.16); "con el fin de que buscasen a Dios, para ver si a tientas le buscaban y le hallaban; por más que no se encuentra lejos de cada uno de nosotros" (Hech.17,27).

* Siguen después todos los que, sin llegar a un conocimiento expreso de Dios sin culpa suya, "se esfuerzan en llevar una vida recta, no sin la gracia de Dios. Cuanto hay de bueno y verdadero entre ellos, la Iglesia lo juzga como una preparación del Evangelio y otorgado por Quien ilumina a todos los hombres para que al fin tengan vida" (L.G.16).

* Jamás podrá olvidarse la Iglesia aún de los que "engañados por

el Maligno, se envilecieron con sus fantasías y trocaron la verdad de Dios en mentira..." (Rom.1,21 y 25).

LA IGLESIA FRENTE A LA INCRECULIDAD.

Como negatividad de toda clase de religión encontramos:

- * El Panteísmo, sistema filosófico que supone a la divinidad integrada por la Creación toda, con lo que se le despersonaliza, se confunde al Autor con su Obra y se diluye la idea de Dios en un sinnúmero de conceptos.
- * El Deísmo, sistema filosófico en que se admite la existencia y la Obra de Dios, pero se niega su revelación. Es consecuencia del racionalismo. De este modo se piensa que Dios Autor no se ocupa de su Obra, negando su Providencia, su Redención y su Remuneración, así como su relación con la criatura inteligente.
- * El Ateísmo, filosofía que niega de plano la existencia de Dios, y por tanto la necesidad de una religión. Considera y justifica su hipótesis en una serie de conceptos cosmogónicos en que la Creación toda dependió para su existencia de un algo designado con el nombre ambiguo de "Naturaleza".

Existe un ateísmo práctico en que el hombre, sin negar de palabra la existencia de Dios, vive tal como si Dios no existiera, de espaldas a sus preceptos, ajeno a toda forma de religión, dentro de una escala de moral que va desde el que vive conforme a una moral estricta hasta el que se da toda licencia.

* Materialismo es la falsa teoría que enseña que sólo existe la materia, negando la existencia del espíritu, suponiendo que la mente humana es tan sólo una función o una fase de la materia. Niega la existencia de Dios y la realidad del alma. Carlos Marx llevó esta teoría hasta el "materialismo dialéctico" en que considera la materia como el único valor que tiene su expresión fundamental en los sistemas económicos al realizar la historia humana. Al considerar que los factores económicos son los únicos que determinan los acontecimientos históricos, llega a la conclusión de que la sociedad humana depende tan sólo de ellos. De esto parte su determinación por eliminar toda idea religiosa considerando toda religión como simples filosofías falsas frente a la necesidad de que el hombre, libre de ellas, realice sus máximas aspiraciones en la vida terrena al no tener otra esperanza.

* El Comunismo o Socialismo es la aplicación del Materialismo en el campo de la realidad, pero hasta ahora sólo ha demostrado a qué punto puede llegarse cuando este sistema filosófico se aplica en el campo de la política para convertir al hombre en instrumento de explotación, hundiéndose en la desesperación y la esclavitud al quedar imposibilitado de llegar a su Divino Destino.

Frente a todas estas posiciones y modos de pensar, la Iglesia va por la historia tratando de cumplir su misión salvífica predicando la única solución posible en la Nueva Buena del Evangelio.